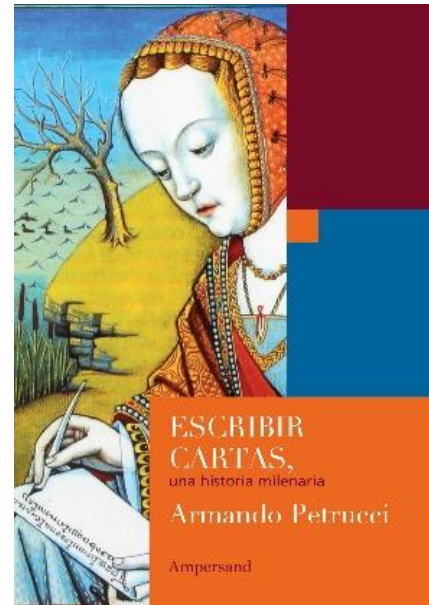




Aiello, Francisco. "Reseña bibliográfica: Armando Petrucci, *Escribir cartas, una historia milenaria*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2022, vol. 11, n° 25, pp. 170-172.

Armando Petrucci
*Escribir cartas,
una historia milenaria*
Traducido por María Julia De Ruschi
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ampersand
2018
260 pp.



Francisco Aiello¹

Recibido: 09/03/2022 || Aprobado: 25/03/2022 || Publicado: 14/07/2022

Las cartas manuscritas han tenido funciones decisivas en cuestiones estatales y privadas, se han elaborado con minucioso cuidado retórico y caligráfico o con la premura exigida por la urgencia cotidiana, se las ha empleado para regular la actividad comercial o para controlar lejanas colonias, han surgido bajo la pluma de eclesiásticos, hombres de la política y de letras, aunque también fueron sumando sus trazos personas de sectores populares y también las mujeres. Se las ha escrito en distintas lenguas, entre las que tuvo predominio el latín hasta su paulatina sustitución por lenguas vernáculas, incluido un largo período de alternancia. Este complejo entramado

obedece a que la correspondencia tiene una historia que se remonta a la Antigüedad y que hoy parece llegar a su irreversible ocaso. El abandono de esta práctica inspiró al especialista italiano en historia de la cultura escrita Armando Petrucci a elaborar su *Escribir cartas. Una historia milenaria*, cuya edición castellana se publicó en Buenos Aires por la editorial Ampersand, con traducción de María Julia De Ruschi.

Como anticipa su subtítulo, "una historia milenaria", el libro de Petrucci extiende, a lo largo de once capítulos, una mirada abarcadora capaz de incluir diversos contextos de época gracias a un amplio arco temporal, que se remonta a los orígenes de la práctica epistolar en Europa, ubicado en los siglos V y IV a. de C., punto desde el cual también se indagan antecedentes en el Oriente cercano y el Antiguo

¹ Dr. en Letras (UNMDP). Docente en la UNMDP.
Investigador de CONICET.
Contacto: aiellofrancisco@yahoo.fr

Egipto. En orden cronológico, sendos capítulos dedicados a la Edad Media y su superación transitan por la época gregoriana y el renacimiento carolingio, la ampliación del alcance de lo escrito en los siglos XII y XIII, modificaciones con las que articula el impacto del descubrimiento que hizo nada menos que Francesco Petrarca de cartas de Cicerón como episodio saliente para abordar los siglos XIV y XV. Ya en la Modernidad, el siglo XVI es testigo del nacimiento de la carta moderna –caracterizada por el uso alternado entre latín y lenguas vulgares, la alta formalización, así como distintas innovaciones gráficas–, que resulta contemporáneo del desarrollo del libro y del crecimiento de composiciones manuscritas. Tras un examen acerca del auge y declinación del barroco en el arte de escribir cartas, el autor analiza los cambios producidos por la alfabetización masiva durante el siglo XIX. Los últimos capítulos avanzan hasta la casi extinción actual de la correspondencia manuscrita, pasando algunos casos notables como las cartas de Marcel Proust o las de subalternos militares y hasta condenados a muerte.

Un estudio con tal desarrollo temporal se enfrenta con la dificultad de las fuentes, pues no todas las épocas presentan la comodidad de ofrecer epistolarios prolijamente organizados en archivos. Por el contrario, para abordar la Antigüedad helénica el corpus se revela exiguo, con menos de diez cartas encontradas en excavaciones. Sin embargo, en otros períodos el material disponible resulta profuso, como sucede con el epistolario público –el último orgánico del mundo antiguo, según lo caracteriza Petrucci– de Gregorio Magno, quien fue papa entre 590 y 604, cuyas 852 cartas se ocupan de asuntos de gobierno. Aun cuando se trata de un conjunto cuantitativo y cualitativamente significativo para el estudio de las cartas, este corpus todavía puede ser indagado de forma completa, lo cual resulta imposible en otros momentos históricos. Así, ya desde el siglo XVI, el material se vuelve inabarcable a escala continental, por lo que el autor se ve en la

necesidad de ponderar ciertas áreas de la Europa meridional, debido a que de allí surgen fuentes más fácilmente consultables en sus originales. Cuando nos acercamos en el tiempo, la imposibilidad de consultar la totalidad de los materiales pierde la carga de resignada angustia, puesto que se ha incurrido –según la opinión del autor– en una tendencia sobreabundante a la publicación de epistolarios entre intelectuales de los siglos XIX y XX, pese que tales colecciones puedan contribuir a la comprensión de mecanismos de poder en la alta cultura.

La disparidad en cuanto a las posibilidades de acceso a fuentes originales se vincula necesariamente con los profundos cambios experimentados a la largo de la historia de las cartas con los diferentes soportes empleados para la escritura. Este es un aspecto que Petrucci describe con precisión en los distintos capítulos. Las delgadas láminas de plomo casi siempre enrolladas, que podían encontrarse en la antigua Grecia, o los pergaminos constituyen posibilidades físicas de fijación de los textos paulatinamente superadas por el uso del papel, cuya amplia diversificación es datada en el siglo XVI, momento en que también se expande el uso de los sellos de cera, sin duda propicios para mantener las cartas al resguardo de miradas curiosas o de espías. Además del soporte, *Escribir cartas* permite trazar una historia de las herramientas que completan las tecnologías de la escritura, algunas de cuyas transformaciones de mayor impacto –por la expansión de usuarios– son la pluma metálica inglesa en la primera mitad del siglo XIX –surgimiento en clara sintonía con la primera era industrial–, la pluma estilográfica en los Estados Unidos, o el bolígrafo de tinta de bolilla giratoria y tinta espesa en el XX, invención del húngaro emigrado en la Argentina László Bíró, de cuyo apellido deriva la apelación *birome* que preferimos en nuestro país.

Ahora bien, la posibilidad de acceso a las distintas tecnologías epistolares que cada época proveyó ya sugiere un primer criterio de exclusión, en tanto sectores

pobres de la sociedad eran ajenos al mundo de lo escrito por el costo de los materiales, aunque también por falta de alfabetización, incluso de la más rudimentaria. En tal sentido, el estudio de Petrucci esboza una historia del acceso a la lectura y la escritura, que ha dejado de ser severamente restrictivo solo en períodos recientes de la cultura occidental. Eso explica que los textos conservados tengan, en un alto porcentaje, la firma de grandes figuras de la Iglesia; por ejemplo, además de Gregorio Magno, ha legado un valioso material Francisco de Asís, autor de una carta escrita de su propio puño y enviada a su discípulo Fray León en 1225 ó 1226. Por otro lado, los hombres dedicados al comercio recurren a la correspondencia para administrar su actividad, de lo cual se conocen registros desde el siglo XIII, en particular gracias a la producción de mercaderes lombardos, toscanos y vénetos, cuya práctica cobró tal dinamismo que introdujo en pocas décadas cambios decisivos para convertir las cartas en lengua vulgar en un medio ágil y moderno de comunicación de lo más variada.

Si esta historia posterga o limita la toma de la palabra por parte de la *gente común* —en la que se puede incluir al campesinado y otros sectores—, tampoco las mujeres —sin importar a qué estrato social pertenecieran— tuvieron relación fluida con la escritura de correspondencia. En tal sentido, constituye un mérito de Petrucci la voluntad no solo de destacar esta prolongada obliteración, sino también de dedicar espacio a la valorización de algunas pocas excepciones, con las que se encuentra en su investigación. Los siglos XV y XVI ofrecen algunos casos conspicuos, que merecen la entusiasta mención del autor. Ellas son Bianca Maria d'Este, una cierta Casandra veneciana, y la abadesa del monasterio de Santa Clara en Núremberg, quien aparece bajo el nombre falso de Magnolia como la protagonista de *Coloquio del abad y la mujer instruida*, de Erasmo de Rotterdam. Vale aclarar que, como se ve en este caso, la información que tenemos de estas mujeres escritoras de

cartas nos llega por referencias indirectas relevadas en textos de varones. La tendencia se va revirtiendo a paso lento pero firme, tal como lo prueba la creciente participación de mujeres en los intercambios epistolares desde el siglo XVI, momento en que se destaca la figura de Cassandra Chigi, autora de algunas cartas autógrafas conservadas hasta hoy, que la sienesa envió a su madre y a sus hermanos entre 1535 y 1556.

De un uso restringido para una elite masculina hacia su paulatina democratización durante largos siglos, la historia de las cartas se revela como ámbito de conocimientos complejo en el que intervienen aspectos técnicos vinculados con soportes e instrumentos, así como una amplia variedad de formas caligráficas, que es otra línea que persevera durante los capítulos de *Escribir cartas: una historia milenaria*. Armando Petrucci consigue valerse de su vasta erudición sin desvirtuar el foco en los aspectos más salientes de cada una de las épocas estudiadas, que retrata con rigor y agilidad. Así consigue un texto que, pese a estar motivado por la nostalgia de lo que se va, resulta atractivo por la fluidez de su componente narrativo, articulado con reflexiones que convierten la práctica epistolar en un modo privilegiado para revisar cuestiones centrales de la cultura de Occidente.